

"Este es una joya de libro". IAN McEWAN

JAY PARINI

BORGES

y YO

LA NOVELA
de un
ENCUENTRO

emecé

JAY PARINI

Borges y yo

La novela de un encuentro



emecé

1

Una mañana de junio de 1986, en mi granja de Vermont, salí de la cama cuando el sol apenas acababa de alzar una ceja por sobre las Green Mountains; siempre es un momento preciado de mi día, cuando me asomo a lo que comienza, pensando en la tarea que tengo por delante. En este caso, una novela sobre los últimos días de Tolstói que comenzaba a destellar en las orillas de mi mente consciente. Mi esposa y mis hijos aún dormían, y no pude evitar contemplarlos con cariño. ¿Cómo resistirse a esos dulces niñitos, que a veces me enloquecían, como corresponde que lo hagan los chicos? ¿O a una esposa brillante y afectuosa, a quien no parecían importarles mis ocasionales ataques de idiotez, a los que respondía a veces con una sonrisa triste, otras con una profunda carcajada? Tanta plenitud parecía inmerecida, y probablemente lo fuera. Embargado por una gratitud que tenía algo de asombro, bajé a la cocina, donde me preparé una taza de té Irish Breakfast antes de dirigirme a mi estudio, en el otro extremo de la casa.

Como solía hacer antes de acomodarme ante la manchada mesa de caballetes que preside mi estudio hasta hoy, encendí la radio para escuchar los titulares de la jornada. Sintonicé la BBC en una radio de onda corta que Alastair

Reid, mi viejo amigo y mentor, me había regalado hacía poco, en ocasión de mi trigésimo octavo cumpleaños. Cuando el locutor leyó las noticias, quedé azorado al enterarme de que Jorge Luis Borges, el gran escritor argentino que «amalgamó realidad y ficción en una incomparable serie de narraciones que desafiaron todos los límites y dispararon el *boom* de la literatura latinoamericana», había muerto en Ginebra a los ochenta y seis años.

—Fue un hombre de mil historias —dijo el locutor—. Como escritor, exploró los espacios más idiosincráticos de la experiencia humana; este amante de los laberintos y de los espejos fue un autor camaleónico que nadie logró definir.

Afloraron recuerdos. Había conocido a Borges muchos años atrás, cuando yo era estudiante de posgrado en Escocia. Viajé con él desde Saint Andrews a las Tierras Altas, ida y vuelta. Nuestro encuentro duró aproximadamente una semana y forzó un cambio en mí, una transformación de mi perspectiva que me impactó en el momento preciso. Después de conocer a Borges, tuve la certeza de que mi manera de estar en el mundo nunca sería la misma.

De pie ante la ventana, contemplé el jardín, el arriate de amapolas orientales, cuyas mejillas de color rojo sangre miraban hacia mí. ¿Notaban que los ojos me escocían? Así me pareció, y me aparté de la ventana. No lloro con facilidad, pero ese día lo hice. Lloré tanto por mí como por Borges; recordé al individuo inmaduro, tímido, excesivamente serio y a menudo aterrorizado que era yo cuando lo conocí, y lo comparé con el hombre en que devine. Todavía me preguntaba qué rayos me había ocurrido en Escocia, hacía unos quince años.

En 1970, después de haberme graduado en la Universidad Lafayette y de haber regresado a vivir (por poco tiempo,

esperaba) a la casa de mis padres en Scranton, Pensilvania, enfrenté dos opciones: quedarme allí, donde mi madre me cortaría las pelotas, o ir a Vietnam, donde me las volaría una mina terrestre. Una tercera opción, no tan evidente al principio, pero que terminó por ser obvia, era abandonar los Estados Unidos, para irme tan lejos como fuera posible. El lugar que me llamaba era una pequeña ciudad cercana a East Neuk, en Fife, Escocia.

Saint Andrews ya me había brindado una muy necesitada vía de escape, además de un sentido de vocación, cuando había ido a estudiar allí durante mi penúltimo año de universidad. En el transcurso de ese año memorable, y para mi gran sorpresa, me hice de amigos con facilidad. Frecuentaba a estudiantes escoceses e ingleses, además de entablar amistad con un puñado de estudiantes del continente europeo. Los cursos a los que asistía eran, muchas veces, atractivos —se basaban en elaboradas presentaciones retóricas de un estilo con el que no estaba familiarizado—; aprendí mucho, en especial en las intensas tutorías individuales, cara a cara, con una serie de docentes excéntricos pero eruditos. (Uno de ellos daba clases en su departamento destartalado; su esposa usaba barbijo para servirnos el té, pues era «sensible a los gérmenes»).

Pero lo más importante era que en Escocia empecé a escribir, registrando mi vida cotidiana en un diario, en la esperanza de que mis anotaciones brillaran con «la gracia de la precisión», como decía Robert Lowell. Ningún detalle me parecía tan intrascendente como para dejarlo fuera y, a menudo, llenaba páginas con citas de cosas que leía, o con registros de fragmentos de conversaciones que oía en casas de té o pubs. Además, comencé a escribir poemas. Eran imitati-

vos y olvidables, como era de esperar, pero escribir resultaba apasionante. Decidí —por razones que nada tenían que ver con ningún talento o experiencia demostrables— dedicarme profesionalmente a la escritura.

Creía saber bastante sobre literatura, pero mis conocimientos no eran más que una delgada película, apenas una espuma ligera en una taza no particularmente grande. Así y todo, me puse a leer con urgencia. Más que leer, devoraba libros como *Walden*, *Hojas de hierba*, *El gran Gatsby* y *El ángel que nos mira*. Me atiborraba de Hesse, Woolf, Kerouac, Lawrence, McCullers, Nabokov, Beckett y otros. En las bibliotecas, hojeaba con avidez las grandes páginas tersas del *New York Review of Books*, fascinado por las provocativas piezas de gente como Gore Vidal, Joan Didion, Norman Mailer y Susan Sontag. Asistía a conferencias de escritores, algunos de ellos famosos (Allen Ginsberg, James Dickey, Paul Goodman), y me sentía muy seguro de que la literatura me daría acceso a mundos muy distantes de Scranton.

Me puse como objetivo hacer mis estudios de posgrado en Saint Andrews, aunque sabía que persuadir a mis padres de que semejante ocurrencia tenía sentido sería una batalla. Era el hijo mayor de mi madre, que había sido posesiva desde el momento en que comencé a respirar. (Mi hermana, Dorrie, nació dos años después y el hecho de que fuera mujer no le hizo las cosas más fáciles con mi madre, por decirlo de una manera amable). Mi madre solía decir que yo era «arisco», lo cual significaba que me asustaban los desconocidos, y que todo y todos me alteraban. De bebé, gritaba cada vez que un desconocido entraba al lugar donde yo estaba. Solo mi madre lograba tranquilizarme, y ella fomentaba esa dependencia. Sospecho que no tenía la intención de sobre-

protegerme, pero a los fines prácticos era como si la tuviera. No hace falta decir que se me hacía muy difícil separarme de ella. La adultez parecía un reino inalcanzablemente remoto.

Mi madre prácticamente sufrió un colapso nervioso cuando me fui a Escocia por primera vez.

—¿Que te vas a dónde? ¿A Escocia? ¿Estás loco? ¡Nadie va a Escocia! —La noche anterior a mi primera partida, en 1968, se arrojó sobre la cama de la habitación del hotel neoyorquino donde estábamos, en un estado de perturbación emocional.

Yo estaba en la habitación de al lado, y sus amargos gemidos me mantuvieron despierto durante toda la noche. A la mañana siguiente, cuando me acompañó al puerto para despedirme, se la veía exhausta; apenas si dijo palabra. Partí rumbo a Gran Bretaña en un enclenque buque de pasajeros italiano que, me había dicho ella, «era inestable y probablemente se iba a hundir». No sorprende que yo haya llorado en silencio en la cucheta de ese barco barato durante los ocho días que tomó el viaje de Nueva York a Southampton. Pensándolo hoy, veo que fue una especie de destete. Me desprendía de mi antigua vida lo mejor que podía. No me costaba imaginar a mi madre en Scranton, llorando cada noche hasta quedarse dormida, pero me acoracé cuanto pude, porque sabía que debía atravesar lo que me aguardaba, por doloroso que fuera.

Mi padre era un hombre tan jovial como aprensivo, hijo de inmigrantes italianos que hablaban muy poco inglés y tenían poco más que platos de linguini caseros y hortalizas de producción propia para ofrecerles a sus cinco vástagos. (Mi abuela cazaba conejos con una escopeta desde su porche, que luego transformaba en ragú). Como muchos de la gene-

ración nacida durante la Gran Depresión, mi padre enfrentaba la vida con una cautela obsesiva. Las veredas de su mente estaban sembradas de cáscaras de banana. Se había visto obligado a abandonar la escuela secundaria mucho antes de graduarse, pero con algo de suerte y algo de tesón, había progresado en el negocio de los seguros y les vendía a las familias locales pólizas que (me temo) ni él entendía del todo. Todos los días vestía un traje, la camisa blanca almidonada, una colorida corbata de seda, llevaba la cabeza erguida: no era menos que nadie en Scranton. Antes de salir de casa, se lustraba los zapatos con exagerado fervor. Había «triunfado». Aun así, el futuro, en particular el *mío*, era motivo de intensa preocupación para él.

Yo también me preocupaba, así que el doctor de la familia me suministró un frasco de ansiolíticos (barbitúricos a la antigua, suficientes como para atontar a un caballo) a fin de «calmar los nervios» previos a partir a mis estudios de posgrado.

—No te pongas tan ansioso —me dijo el doctor Evans—. Tanto nerviosismo te hace mal. Si te desvelas a la noche, no vas a dormir lo suficiente. Toma estas pastillas y deja de preocuparte.

Y ¿qué era exactamente lo que me preocupaba? Creo que más o menos todo. La ola de sexo, drogas y rock and roll sobre la cual mis coetáneos surfeaban alegremente era para mí un mar en el que podía ahogarme. Era virgen y temía serlo para siempre. Y, más que nada, le tenía terror a Vietnam; me enfurecía esa guerra que peleábamos por una libertad o un dominio del mundo ilusorios, o, más probablemente, por algo que no podía siquiera imaginar.

Me había vuelto antiguerra durante mi primer año de estudiante universitario; fui a las marchas en Washington en

1967 y otra vez en la primavera de 1970. Como la mayor parte de los universitarios jóvenes, estaba convencido de que la guerra en el sudeste asiático era inmoral, estúpida y cruel. Los escritos antibélicos de Howard Zinn, Noam Chomsky y otros se volvieron parte de mi biblioteca mental permanente. Para peor, y aunque me había tocado un número de sorteo bastante alto, la comisión de reclutamiento había empezado a interesarse en mi persona, tras mi paso de la categoría 2-S (postergación por estudios) a 1-A (apto para servicio activo). Nunca asimilé del todo mi buena fortuna en el sorteo y me temía lo peor, pues la comisión de reclutamiento del condado de Lackawanna tenía la fama bien ganada de ser un insaciable tragadero de jovencitos. Habían arrastrado a las fuerzas armadas a muchos de mis amigos de la secundaria, y uno de ellos no tardaría en ir a parar a una base dejada de la mano de Dios, cercana a la zona desmilitarizada.

Aún tengo pesadillas sobre esa mañana en la delegación militar de Scranton; allí, mientras hacía cola desnudo junto a muchos otros, los médicos del ejército me hurgaron y manosearon.

—¿A eso le llamas verga? —bramó un sargento mientras yo procuraba ocultar mi pene encogido, lo cual me convirtió en objeto de ladridos de risa.

Un chico flaco, a quien conocía de la clase de física del último año de la secundaria, se desmayó sin más. Lanzaba espumarajos por la boca, contraído en posición fetal.

—Mándenlo primero —dijo uno de los reclutadores—. Cuando los amarillos lo vean, se morirán de susto.

Mi madre estaba tan decidida como yo a mantenerme lejos de la acción. Aunque aprobé palmariamente el examen físico, estaba convencida de que yo no era apto para el servicio.

—Piensa en tus alergias. De niño te pasabas la noche tosiendo. ¡Ese silbido! Tu pobre hermana no podía dormir en toda la noche. Todavía toses demasiado, especialmente en primavera, y los otros soldados de tu barraca no podrán dormir. Ya bastante tienen que hacer en Vietnam para tener que lidiar también con tus problemas de salud.

Sus planes para evitar que entrara a las fuerzas armadas eran inagotables. Una carta que me escribió durante mi penúltimo año de universidad decía:

Tu tío Julie tiene buenos contactos; conoce un doctor que puede certificar que apenas puedes respirar. ¡Piensa en cómo te agitas cada vez que haces ejercicio! Y tus pies planos... Te sería imposible caminar más que unas pocas millas sin necesidad de sentarte, ¿qué ejército puede querer eso? Y por cierto: basta de ser tan politizado. ¿Quién te manda a ir a esas marchas en Washington, no una, sino dos? No eres uno de esos hippies. Entiendes menos de lo que crees de estos asuntos.

En el verano de 1970, pasé muchas noches discutiendo sobre la guerra con familiares y amigos, en particular con Billy Giordano (así lo llamaré en estas páginas), quien era mi compañero desde hacía años. En los primeros años de la escuela secundaria, habíamos jugado juntos en el equipo de béisbol. En otoño, coincidíamos en partidos de fútbol improvisados después de la escuela. A veces nos íbamos de camping a las Poconos. No era lo que se solía llamar «un chico inteligente»; no en el sentido académico. Pero me cautivaban su frescura, su energía, su inteligencia salvaje y subversiva, no la que se demuestra aprobando exámenes.

Siempre me tomaba el trabajo de buscarlo en la cantina de la secundaria de West Scranton, y me las ingeniaba para encontrar maneras de frecuentarlo.

—Esta es nuestra chance —afirmó, apenas un día antes de presentarse como voluntario de infantería ese mes de julio— de evitar que nos recluten. —Era una decisión ilógica, contraproducente. A no ser, claro, que lo que uno quisiera fuese ir a Vietnam—. Mi viejo peleó contra Hitler y Tojo —me contó— y nunca se arrepintió. A él le parece que tengo que ir.

—¿Le parece que yo debo ir también?

—Debes hacer lo que te dé la puta gana.

Cuando Billy vino a casa en una última visita antes de entrar al ejército, se me hizo difícil mirarlo. Durante el verano su cara, antes lisa e inocente, había quedado marcada por surcos de preocupación. De alguna manera, se había roto un incisivo, lo cual daba un aspecto amenazante a su sonrisa. Le crecía una barba despereja en erizados mechones sobre sus mejillas y mentón. El pelo, largo y grasiento, le llegaba a los hombros; su cuello necesitaba una afeitada. Olía a cerveza y cigarrillos, había engordado un poco y hablaba como presionado por algo externo, como si la Historia misma lo escuchara, inclinándose por sobre su hombro. Mientras lo observaba, imágenes suyas en distintas etapas de su adolescencia flotaban por mi cabeza. Lo vi junto a mí en una canoa, pescando en alguna poza remota. Bailando en el gimnasio de la secundaria, haciendo payasadas, subido a una mesa, meneando la cabeza en obscena mímica de la letra de «Barbara Ann». Siempre había albergado la esperanza de que me seleccionaran para el equipo de béisbol de la secundaria; Billy, en cambio, era un talentoso receptor que me de-

jaba hacerle un tiro tras otro, todos malos, mientras el fulgor rosa anaranjado del ocaso se apagaba sobre la cancha de Keyser Valley. Cuando caía la noche, nos sentábamos sobre las vías del ferrocarril, bajo un dosel de estrellas, y hablábamos de la naturaleza de la vida y de su extrañeza.

—No sé si hay un dios —me dijo una vez—. Pero eso sí, en este mundo hay mujeres. Y quiero tantas como pueda antes de irme de aquí. Sí, eso deseo, Dios querido. —Yo no sabía si tomármelo en serio o no, pero sus relatos me parecían irresistibles. Y una de las razones por las que lo amaba era el modo intrépido en que vivía su vida. Se arriesgaba y me alentaba, sin mayor éxito, a arriesgarme.

—Si no te la juegas, Jay —señalaba—, ¿para qué mierda sirve todo? Mejor dicho, ¿sirve para algo?

Mi madre también tenía preguntas. En su caso, lo cuestionable era mi propósito de regresar a Escocia, un lugar inconcebible. También lo era mi deseo de alejarme de ella. Ella pensaba que debía seguir la carrera de Derecho y conseguir empleo. Hasta hoy tengo una pesadilla recurrente en la que abro un bufete de abogado en Scranton. Ocupo el piso más alto de un edificio del montón cerca del tribunal, sobre la avenida Washington Norte. Mi madre es la recepcionista. Sentada tras un escritorio metálico, les vocifera a los posibles clientes, por teléfono o en persona. Esta también era una de sus fantasías: ella quería estar sentada tras un escritorio como ese, controlando todas las comunicaciones de su hijo, cual dragón a las puertas del doctor en Derecho Jay Parini. Y guay de quienes osaran entrar a ese sagrado recinto sin su aprobación.

Pero yo estaba decidido a consagrarme a la literatura, y así se lo anuncié a mi padre una mañana, mientras desayunábamos.

—¿La literatura es una profesión? —preguntó en tono plañidero.

No le revelé que esa misma pregunta me desvelaba. ¿Realmente estaba dispuesto a probar suerte con la literatura, dado que, en particular, mi intención era escribir poesía? Siempre quedaba el periodismo, me dije. Podía escribir reseñas dogmáticas de libros para los diarios, o hacerles elevadas entrevistas a escritores e intelectuales, el tipo de pieza que engorda los suplementos dominicales y a veces da nacimiento a un libro. Sí sabía que ganarse la vida con la pluma no era fácil. Podía escribir novelas de suspenso o policiales, relatos de horror, incluso; pero como casi nunca leía este tipo de ficción, la fantasía de triunfar en tales géneros no era otra cosa que eso, una fantasía.

Lo único que sabía con certeza era que nunca regresaría a la vida segura, simple, sin cuestionamientos, que mis padres habían buscado y encontrado en la Pensilvania noroccidental, al final de una guerra que había matado a sesenta millones de personas en todo el mundo. Debía alejarme de ellos y de Scranton, de las sofocantes comidas y las conversaciones sin sentido, del fatal letargo de la vida «normal».

En el transcurso de mi último año en Lafayette, le escribí al profesor Alec Falconer, jefe de la cátedra de Inglés de Saint Andrews, y le pedí que me admitiera como estudiante de posgrado. Tenía muy poca idea de en qué podían consistir mis estudios, si corría con la suerte de ser aceptado, pues las descripciones del catálogo eran bastante poco claras. Lo principal era, parecía, que «tras al menos nueve trimestres»,

uno debía presentar «una tesis original de cierta extensión». Esta se prepararía «bajo la supervisión de la universidad». Parecía algo que podía hacer, por más que me faltaran datos específicos.

Durante mi anterior estadía en Escocia había descubierto, en una librería de viejo de Edimburgo, un libro de poesía titulado *Loaves and Fishes* (Panes y peces), por George Mackay Brown. Su voz cortante, de extrañas inflexiones —distinta a todo lo conocido por mí— fue una campana que resonaba en mi cabeza mientras recorría las calles de esa hermosa ciudad. Memorice media docena de sus poemas y procuré escribir con su estilo. No tardé en descubrir *A Time to Keep* (Tiempo de guardar), un delgado volumen de cuentos ambientados en las Orcadas, unas remotas islas frente a la costa septentrional de Escocia. Me conmovió la cadencia lírica de su prosa, que incursionaba en las vidas emotivas de personas comunes que vivían aisladas del resto del mundo. Los protagonistas iban desde invasores vikingos hasta solitarios granjeros y pescadores; eran figuras distintas a todo lo que yo conocía, pero que se hacían presentes en cada página, en un lenguaje escueto y elemental. Me pregunté vagamente si algún día podría aplicar algo de esa técnica a mi pequeño mundo, Scranton.

En mi postulación ante el profesor Falconer, propuse una tesis sobre George Mackay Brown, pronunciándome con autoridad acerca de su carrera en curso como poeta y escritor de ficción; lo cierto es que solo contaba con unos pocos datos sobre él, y apenas conocía su obra. Para mi satisfacción y sorpresa, Falconer respondió al cabo de pocas semanas, con su escritura pequeña, trazada en tinta negra, sobre una hoja con membrete:

La universidad ha aceptado su postulación como estudiante de posgrado, y me parece que la suya es una idea razonablemente buena para una tesis. Sea como fuere, discutiremos el asunto, y con mucho gusto lo admitiré en un programa de doctorado bajo mi supervisión. Buena suerte en su travesía desde tierras lejanas.

Les mostré la carta a mis padres, y la analizamos sentados en torno de la mesa de la cocina.

—¿Así que vivimos en tierras lejanas? —preguntó mi padre, burlón. Mi madre fue menos filosófica:

—No puedes hacerme esto. —Traté de explicarle que no era algo que le hacía «a ella». Era algo «para mí». Mi padre, bendito sea, sugirió que no tenía «nada de malo probar suerte en una cosa de esas».

Al graduarme, había recibido una beca de Lafayette que prácticamente cubría los costos de mis primeros dos años de estudios de posgrado en Saint Andrews y sabía que mi padre me ayudaría económicamente según fuera necesario. Él no estaba muy seguro de qué significaba «estudios de posgrado de literatura». Pero para él, la opción militar —que me mandaran a Vietnam— no tenía una atracción mítica: no había servido en el ejército por padecer de hernia y pie plano, y tenía la esperanza (creo) de que si me iba por unos años, la guerra pasaría y yo retornaría a Scranton para llevar una vida «normal».

Sea como fuere, insistí en que me iba a Escocia; sabía que mis padres no me lo impedirían. Les hice notar que la alternativa era Vietnam.

—Al menos en Escocia estarás a salvo —admitió mi ma-

dre, a regañadientes—, aunque las chicas escocesas tienen mala fama y, según parece, los hombres usan faldas.

Y así, con ansiedad y miedo, pero también con esperanza, regresé a Escocia. Tenía un fuerte afán de, como dijo Thoreau en mi frase favorita de *Walden*, «*to live deliberately, to front only the essential facts of life, and see if I could not learn what it had to teach, and not, when I came to die, discover that I had not lived*» (*Vivir deliberadamente, enfrentar solo los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñarme, y no que cuando estuviese por morir me diese cuenta de que no había vivido*)¹. Es embarazoso admitirlo, pero escribí esa frase demasiado famosa en la primera página del primer cuaderno que compré en una pequeña papelería de Saint Andrews, en la esquina de las calles Church y South, para escribir mi diario. Tenía veintidós años.

¹ Henry David Thoreau, *Walden*. Traducción de Ignacio Quirarte, segunda edición en español, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996 (Nuestros Clásicos).